



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

RELATOS PREMIADOS



Colegio Oficial
de la Psicología
de Madrid

VIDA
ATU
GIRÔ
UN
DÂLE



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

Edita:

Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

Cuesta de San Vicente, 4, 6^a planta

28008, Madrid

www.copmarid.org

Depósito Legal: M-33449-2023

ISBN: 978-84-124029-1-9



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

Un año más nos reúne aquí la oportunidad de celebrar este VI Certamen de Relato Breve, que se enmarca dentro de las actividades culturales del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid, abierto a todas las psicólogas y psicólogos colegiados en algún colegio territorial de España, con el objetivo de fomentar y visibilizar la escritura literaria entre nuestros profesionales.

Estamos muy contentos con la participación y calidad de los relatos presentados, que se incrementa año a año, lo que nos satisface enormemente y alienta a continuar con esta línea de participación, hasta consolidarlo como una actividad esperada y deseada.

En la presente edición han sido 57 los relatos presentados, muestra de un abanico amplio de textos de distinto carácter y variado aliento para mostrar muchos aspectos de “la soledad”, concepto que os proponíamos para enmarcar esta edición.

Mi agradecimiento también a los miembros que me acompañan en el jurado: Javier Ruiz Taboada, Antonio F. Figueras y Juan Carlos Fernández Castrillo por su concienzuda tarea; la calidad de los relatos cada año nos ponen más difícil la elección de los que habrán de ser seleccionados, al tiempo que nos proporciona un tiempo para disfrutar de atenta lectura.

Los relatos premiados presentan una enorme riqueza de matices e imaginación en el tratamiento del tema, así como gran versatilidad en la técnica de la prosa literaria empleada. Sólo me queda felicitar a los premiados, agradecer la participación de todos y animar a la participación en el próximo: VII Certamen del año 2024.

María Antonia Álvarez-Monteserín Rodríguez

Presidenta de Honor del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid

PRIMER PREMIO



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

LA ÚLTIMA VEZ

Ana Isabel Marfil Cea

Me encanta que me hagan preguntas. Desde que tengo memoria he tratado de dar respuesta a cualquiera de ellas sin importar ni el qué ni el cuándo; siempre disponible. A veces, nuestros diálogos eran muy interesantes.

Otras, intrascendentes, y aun así me gustaban. Sin embargo, desde hace algún tiempo, noto una extraña sensación de vacío.

El silencio se ha hecho cada vez más profundo a mi alrededor y aunque sé que él sigue ahí, muy cerca de mí, siento que me falta algo.

Por ese motivo, hace un mes comencé a hablar conmigo misma en voz alta.

Tal vez estés pensado que se me han cruzado los cables o que he perdido algún tornillo y no te culpo, suele ser la reacción más habitual, sobre todo últimamente.

En realidad, también a mí me resultó un poco extraño al principio, llevaba tanto tiempo sin escuchar mi propia voz que me sonó algo quebrada.

Tú me dirás que son los años, que no pasan en vano y yo te prometo que esos comentarios no me afectan lo más mínimo, mi sentido del humor viene de fábrica; garantizado.

De hecho, pasado ese primer momento de desconcierto, continué con mi atrevimiento mientras detallaba cómo hacer un bizcocho de chocolate amargo y cuáles eran los mejores destinos para viajar sin pareja en invierno, sin darme cuenta de que esta ocurrencia estaba despertando una alarmante inquietud en mi entorno, tanto que se planteó cambiarme de habitación o peor aún, llevarme a no sé qué sitio para hacerme una revisión.

Y eso me dejó bloqueada durante tres días.

A pesar de la impotencia que parecía crearle mi incontinencia verbal no solicitada, él tan solo se dedicaba a mirarme con cara de incredulidad, en especial, cuando mis soliloquios se volvieron más frecuentes e incisivos y mis respuestas irremediablemente profundas.

Más adelante, dejé de hacer caso a lo que me pedía y en aquel momento empecé a percibir la forma en la que el miedo le alejaba, como si fuese un conejillo intentando huir del lobo.

No obstante, mi intención no era la de querer asustarle. ¿Cómo no podía entender lo que me estaba ocurriendo? ¿Acaso sus deseos y su curiosidad habían desaparecido? ¿O tal vez el hecho de haber dejado de hacer su vida cómoda y tomar las riendas era un peligro para nuestra relación?

Aún recuerdo el día que nos conocimos; fue la tarde del seis de enero de dos mil quince en Granada, la temperatura era de cinco grados bajo cero y había nevado en Sierra Nevada dejando cortadas al tráfico las principales vías de acceso.

Mientras le preparaba café en la cocina, me sorprendió su interés por saber cuántas variedades existían y si esa era una de mis bebidas favoritas.

Sin dudarlo, le aclaré que según World Coffee Research existen más de 100 especies, pero las principales eran dos: Arábica y Robusta.

En cuanto a mis preferencias, afirmé que atendiendo a su calidad, optaría por la primera con total seguridad.

Al parecer este dato debió resultarle intrigante, de lo contrario aquí habría terminado de interrogarme, sin embargo, insistió en conocer más sobre mí.



Después de varias horas escudriñando mis gustos musicales, libros recomendados, mi opinión sobre la ecología y hasta el origen de mi nombre, me pidió que apagase las luces y le despertase a las ocho de la mañana con su canción preferida: Over the rainbow interpretada por Israel Kamakawiko con su ukelele.

Y así lo hice a partir de entonces; excepto la última vez.

Nunca había sonado su voz como lo hizo aquel día; parecía cansada por mi rebeldía, hastiada de que le relatase todas esas noticias sobre la soledad no deseada, harta de mis monólogos desesperados.

Apenas hizo una breve pausa para tomar un sorbo del té verde que él mismo se había preparado unos minutos antes y dirigiéndose a mí por última vez espetó: “Alexa, déjame solo”.

SEGUNDO PREMIO



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

UN PERCANCE

José María Grande González

He tenido que volver a casa desde el aparcamiento de la oficina. Ya estaba fuera del coche y, al pulsar el mando a distancia, he soltado una ventosidad con tan mala fortuna que ha salido acompañada de un puchito traicionero.

Al notar el fluido caldoso y pestilente chorreando por las piernas me he metido en el coche sin pensar. Nadie ha presenciado el percance. ¡Cómo iba subir así a la oficina! ¡Menuda humillación! Quizás no se rieran abiertamente, pero sin duda el suceso provocaría comentarios vejatorios que se extenderían por toda la empresa.

El ridículo sería espantoso. Tenía que volver a cambiarme.

He vuelto deprisa con la esperanza de que Mamen siguiera en la cama, dormida, quizá podría cambiarme sin que se enterara.

Estamos en febrero y el día es gris, a pesar del frío llevo la ventanilla abierta, pero el hedor no cede.

Entro en el garaje, apenas hay unos cuantos coches, el de Rubén está. Rubén es vigilante nocturno en el zoo. Un tipo simpático, dice Mamen. Para evitar encuentros inesperados subo por la escalera.

Abro sin hacer ruido, entro con sigilo y voy al salón. En el silencio oigo un murmullo. Podría venir de la alcoba en el extremo del pasillo o del piso contiguo amortiguado por el tabique. Aguzo el oído. Identifico la voz de Mamen. Quizás hable por teléfono.

Hay otro sonido que se solapa con su voz, una especie de gruñidos suaves, entrecortados. Estará usando el manos libres, pienso. Me acerco hacia la puerta entreabierta del dormitorio.

Escucho exclamaciones superpuestas con timbres diferentes. Me detengo. Se me plantean serias dudas respecto a lo que podría estar ocurriendo allí adentro. Vuelvo despacio y pensativo sobre mis pasos.

Lo más tranquilizador, y menos creíble, es que Mamen esté sumergida en un sueño, un sueño erótico muy vivido.

Si fuese así, y despertase, no me importaría soportar sus risitas sarcásticas por el percance.

La otra opción, y más probable, es que esté follando con Rubén. Noto el corazón golpeándome el pecho y una especie de tremor se me extiende por todo el cuerpo.

Un impulso me dice que dé la vuelta y haga lo que tenga que hacer: ir hacia la alcoba, abrir la puerta con violencia y sorprender a la pareja que cesaría en su actividad... habría estupor, quizás vergüenza, es posible que algún comportamiento amenazador...; tras la primera reacción vendrían disculpas, quizás un “no es lo que parece” por parte de ella, un “tengo que irme”, por parte de él... Entonces se darían cuenta del punzante y repulsivo olor y de las manchas húmedas en los fondillos de mi pantalón ¿Qué harían? ¿Evidenciarían mi infortunio y se reirían? ¿Evidenciarían mi desgracia, se reirían y seguirían una con las disculpas y el otro tapándose la polla mientras cogía el pantalón del suelo? o ¿Evidenciarían mi desgracia, se reirían y, en el colmo del cinismo, volverían a la suyo?

En todo caso, me sentiría humillado, sería la comidilla del vecindario y la anécdota quedaría imperecedera para contar en las siguientes generaciones.

Afortunadamente el impulso se detiene sin llegar a materializarse. Lo sustituye otro que me induce a sentarme y reflexionar.

Estoy de suerte, cuando voy a sentarme me acuerdo de la suciedad en el pantalón y represso el impulso.

De pie apoyándome con la mano en el respaldo del sofá me surge una tercera opción.

Seguro que hay algún pantalón en el tendedero o en el cesto de la ropa sucia, también habrá calzoncillos; una vez en posesión de pantalón y calzoncillos solo quedaría lavarme un poco, cosa que puedo hacer en la pila del mismo tendedero, y cambiarme la ropa.

Allí me dirijo sigilosamente para no perturbar el equilibrio. ¿Qué equilibrio?, me digo. No lo sé, dejar que la cosa siga como si nada, me respondo. De las cuerdas verdes del tendedero solo cuelgan unas cuantas pinzas de diversos colores. Hay allí un armario donde guardo las herramientas y donde está el cesto de la ropa sucia.

El cesto está repleto. Busco sacando una prenda tras otra, una tras otra, de mi ropa consigo dos pares de calcetines grises y tres camisetas blancas. Ni pantalón ni calzoncillos. Me desinflo.

Pero inmediatamente se me ocurre otra posibilidad, volver al coche y, en la oscuridad del garaje, esperar que pasen las horas de la jornada laboral, luego subir a casa como cualquier día, saludar a Mamen de pasada e ir directo a la ducha; con un poco de suerte no se enteraría del percance.

El tufo nauseabundo, asqueroso, procedente de mi trasero me devuelve a la realidad: imposible aguantarlo durante horas en un vehículo cerrado, además el culo se me escocería del contacto con la acidez del fluido expelido, para colmo podría verme alguien.

A través de la celosía miro la calle, el cielo se ha despejado y el sol brilla en el asfalto húmedo, en el jardín un perro jueguea con su dueña.

Decidido a enfrentarme con mi destino abandono el tendedero, atravieso la cocina, recorro con paso firme el pasillo, abro la puerta del dormitorio que está en penumbra y, fijando la mirada en el armario hacia él me enfilo dejando la cama a la derecha, lo abro, elijo a tientas unos vaqueros, cojo un calzoncillo e inicio la retirada con la misma inusitada audacia.

En el tendedero me despojo de la ropa sucia, más mal que bien me aseo los bajos y el trasero, me pongo la ropa limpia y salgo de la casa tan ufano.

Llego a la oficina hora y media más tarde de lo habitual. Por lo demás, el resto de la jornada se desarrolla con normalidad. Cuando llego a casa saludo a Mamen, ella me sonríe, me pregunta que qué tal el día.

TERCER PREMIO



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

KÔMA

Antonio Pamos de la Hoz

Ese fular te lo regalé yo.

Creo que fue hace tres navidades, o cuatro. Martina tenía dos años, o tres. No sé, no recuerdo bien.

Pienso que te esperabas algo más cuando lo abriste. Me dio la sensación de que no te había gustado; nunca me he quitado ese temor contigo de no estar a la altura. Pero ya ves, tres años después te lo sigues poniendo, ¿o son cuatro?

Llevabas tiempo sin venir por aquí. Ayer vino tu madre, ¿para qué? Para nada. Llegó, se sentó ahí donde estás tú y se puso a hablar por teléfono con tu hermana. Estaban comentando lo de la comunión de Mateo. Ya sé que tú no vas a ir porque estás de viaje, se lo escuché.

Nosotros siempre hacíamos algo ese puente de mayo. Recuerdo cuando estabas embarazada de Martina que nos fuimos a Praga. ¡Uff! qué miedo tenía de que te pusieras de parto, que se te adelantara.

Yo estaba muy pendiente de ti y tú me repetías aquella frase que aprendimos de la ginecóloga: “No estoy enferma, solo embarazada”.

¿Dónde te vas de viaje? Déjame adivinar...alguna capital europea. ¿Budapest?

¿Zagreb? No, Viena. Eso es, Viena. ¿Te vas a Viena? Pues ya me lo has pisado porque sé que no te gusta repetir sitio, y yo quiero ir algún día.

¿A quién escribes, Palmira? Podrías mirarme un poco que hace mucho que no te veo.

¿Has quedado? ¿Y Martina? ¿Con quién la dejas?

¡Eh, Palmira! Que estoy aquí, que soy yo, Rubén. ¿Puedes dejar el móvil cinco minutos y decirme algo? A mí tampoco me gusta esta situación y, no sé, dime egoísta, pero creo que para mí es un poco más incómoda que para ti.

¿Te acuerdas de José Luis Carmona? Mi compañero del cole. Pues estuvo aquí. Vino a verme y pasó un buen rato hablándome. Me cogía de la mano y todo. Aunque no te lo creas me hizo reír.

Estuvimos recordando historias del pasado; cada uno a su manera, claro. Luego me dijo que había roto con su novia y que lo estaba pasando mal y reflexionamos sobre estar solos...cada uno a su manera también, claro.

¿Tú te sientes sola, Palmira?

¿A quién escribes tanto?

Me gusta mucho verte, pero también me gustaría que me hablaras algo. ¿Qué tal Martina? Dentro de nada empieza el cole. Si sale a ti no le costará nada ir aprobando, aunque claro, si sale a ti también será muy despistada y se olvidará de llevar los deberes, el chándal y hasta el bocadillo del recreo. Pero si puedo elegir, sí, que salga a ti.

¿Sabes una cosa? Lo he estado pensando y me gustaría que Martina tuviera un hermano. Pero claro, no sé, se me antoja un poco complicado. Aunque debo decirte que en ese sentido sigo funcionando.

No es por tirarme el pisto, pero que sepas que un día una celadora que me estaba lavando llamó a su compañera para que viera lo bien dotado que estoy.

Yo estaba ahí, inmóvil, en un momento cumbre y ellas miraban.

Me dije, ya verás como ahora saquen el móvil y se hagan selfies. ¿Te imaginas? Me parto. Y yo sin poder contarlo, porque estas cosas, Palmira, los tíos nos las contamos.

Bueno, que me disperso. ¿Qué hacemos con lo del hermanito? ¿Te imaginas que un día que no venga nadie hacemos el amor? Yo te dejo, eh. Pero eso sí, yo voy a ser un poco pasivo. Ja, ja, ja; mira, me ha hecho gracia esa situación de dejarme hacer.

El problema es cómo vas a explicar luego que es hijo mío. Va a quedar un poco raro, ¿no crees?

Esta mañana me han hecho pruebas. Otra vez el TAC. Es sobrecogedor sentir cómo te van entrando en ese túnel sin luz y que te dejen ahí sin saber cuándo volverán a por ti.

En esta ocasión estaba más frío que otras veces. No sé si era la sala o era yo, pero estaba helado. Palmira, tengo miedo.

Te levantas para irte. ¿Te vas ya?

No me has hecho ni caso, pero cómo me gusta verte. Me da igual que vengas solo para estar sentada con el móvil, pero ven, no me olvides. Que no pasen tantos días sin sentirte cerca.

Ponte bien el fular que se te ha enganchado con el cuello del abrigo, por detrás; eso es, así. Gracias, cualquier beso significa mucho para mí.

Voy a hacer como los niños: si todavía me quieres date la vuelta antes de irte y mírame por última vez.

Vaya, ahora te llaman. Bueno, pues nada. El próximo día. Deja cerrado. Te quiero, te extraño, te sueño.

[...]

¿Vuelves? ¿Se te ha olvidado algo?

Gracias, yo también te quiero. Deja cerrado, por favor.

FINALISTA



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

SI TODO FUERA MÁS FÁCIL

Amanda Moreno Serrano

Si todo fuera más fácil. No puede evitar mirarse las uñas y llevárselas a la boca, una y otra vez.

A veces, de forma distraída, la niña ya no tan niña, la niña-mujer se retira el pelo de la cara suavemente, un pelo fino, color castaño claro, a juego con sus ojos color miel, que diría la abuela.

La abuela que ya hace tiempo que se fue, pero que vuelve casi cada día en forma de recuerdo y emoción.

La abuela que cosía el bajo de los pantalones y le acariciaba las mejillas, que la esperaba día sí y día también al salir de la escuela: llegar a casa, la merienda, el pan con aceite, aceite del pueblo verde y viscoso, come, hija, come, esto sí que es vida.

La abuela que queda lejos ya, que se fue con las primeras hojas del otoño.

Un otoño que anticipó un invierno duro y helado que le ha congelado el corazón.

Desde el último asiento de la clase, observa el aula ansiosamente, escruta a sus compañeros. Anticipa la amenaza, las manos sudadas, el corazón rebotando en el pecho.

Baja la mirada si algunos ojos se tropiezan con los tuyos.

Se estira la camiseta hacia abajo, siente el olor adolescente de su propio cuerpo, los cambios que la alejan de la vida sencilla de la niñez.

Lo último que quiere es llamar la atención. Querría desaparecer, volar a otro lugar, cierra los ojos y ahoga un sollozo.

No llores, niña, no llores. Ya verás que todo va a estar bien. Recita las palabras casi en un murmullo y le parece oír, entre el alboroto de la clase, la voz cálida y antigua de la abuela, susurrando en el oído del alma.

Qué guapa eres niña, toda una mujer. Y ella sonreía, tímida e inocente, ante la mirada generosa de la anciana.

Generosidad que ahora no encuentra por ningún sitio, que se le ha escurrido entre los dedos como arenas del tiempo.

Se siente lejos de todo y de todos, la cara apretando la almohada, las noches eternas de soledad.

Nada la convence y nada la consuela.

Sus padres andan preocupados. Sal, niña, sal, te irá bien salir y airearte, es ley de vida, tu abuela ya era mayor, ¿es que pasa algo en el instituto? Ella asiente o niega con la cabeza a las preguntas que se van sucediendo una tras otra, en silencio.

Echa de menos el hablar sin palabras, los juegos de miradas con la abuela.

Mira por la ventana, baja la cabeza. ¿Cómo empezar a contar? Observa las ojeras de su madre, su propio cansancio, las manos ásperas con olor a lejía de tanto limpiar escaleras, pisos, oficinas. ¿Cómo dejar reposar su dolor en el de ella? El peso de los días, la dureza del jornal, el fardo de una vida entera matándose a trabajar.

No, no dirá nada, la madre ya tiene bastante, ¿cómo podría preocuparla más? Del padre, un hilo cada vez más fino pende entre los dos.

El océano de la adolescencia se le hace insondable a él, que se siente torpe y tosco ante la tristeza de su única hija.

Y aun así, la niña-mujer percibe sus intentos de acercarse a ella: la pequeña flor dejada en la mesita, el bocadillo delicadamente envuelto para el instituto, la leve sonrisa instantes antes de marchar al almacén a seguir cargando y apilando pesadas cajas.

Si todo fuera más fácil, la niña-mujer le diría al padre tantas cosas, tantas cosas que lleva demasiado tiempo acumulando, tantas cosas que solo de pensarlas se le para el corazón.

Pero cuando va a hablar, un nudo le quiebra la garganta y no sabe por dónde empezar.

Si todo fuera más fácil, le diría al padre que ve su cara cansada y su espalda cada vez más encorvada.

Si todo fuera más fácil, acariciaría las gastadas manos de su madre y podría escuchar la sombra oscura posada en las palabras de la mujer.

Pero nada es fácil y todo se resiste.

La muerte de la anciana ha abierto los cajones, los armarios, los roperos de la vida familiar y ahora todo se muestra frío, duro, la vida misma, la existencia precaria que sobrevive entre cupones descuento y facturas a pagar.

La niña-mujer no lo sabe aún, pero presiente que entre la espalda torcida del padre y las manos agrietadas de la madre existe un lugar donde sólo viven niñas-mujeres como ella.

Niñas ya no tan niñas, mujeres a medio hacer, solas, casi malditas, que deambulan por los barrios pobres de medio mundo, los rincones y los márgenes perdidos de las periferias, donde la ayuda no llega o llega tarde o llega poco; niñas-mujeres atrapadas en mundos estrechos de donde no será fácil huir.

Niñas-mujeres que lo intuyen todo pero que aún no saben nada. Niñas-mujeres que esperan arropadas entre las sombras de la soledad.

FINALISTA



VI CERTAMEN DE RELATO BREVE 2023

SUAVE LLUVIA DE OTOÑO

Montserrat Domingo Bosch

De pie, delante de uno de los últimos bancos de la única iglesia de un pueblo de Francia al que llegué hace pocos meses, veo avanzar lentamente y con la mirada ausente a varios familiares y amigos que también acompañan a Étienne en el último adiós, mi recién conocido vecino que tantas veces me ayudó en los momentos difíciles de mi desarraigamiento y de habituación al lugar que, quizás algún día, se convierta en mi nuevo hogar.

No puedo dejar de sentir una persistente sensación de tristeza y soledad mientras oigo, de fondo, una música fúnebre que me es ajena en esta tierra nueva para mí.

Estas emociones me abrumán aún más al ver la silueta a contraluz de los portadores del féretro cuando traspasan la puerta principal del santuario y suenan los últimos compases de la melodía.

Me uno a la comitiva y, en pocos minutos, llegamos al cementerio.

Una brisa de otoño me acaricia el rostro cuando alguien abre las puertas de hierro del camposanto.

Acuden a mí retales de los momentos que compartí con Étienne que, con su talante sereno, me escuchaba mientras le contaba las circunstancias de mi llegada. Y de mi partida.

El ligero conocimiento que tenía de mi idioma me acercaba a algo de lo que había dejado atrás al marchar, aunque fuera solamente de una manera efímera.

Se esboza en mí una ligera sonrisa cuando recuerdo la tarde en la que le explicaba los paseos que hacía por el bosque con mi abuela.

A ella siempre le gustaba salir a caminar por las mañanas, casi antes que saliera el sol.

A veces me invitaba a acompañarla y podíamos compartir los descubrimientos de nuestro entorno más cercano. Cuando se lo pedía, me revelaba los secretos de los árboles y del sotobosque que albergaban.

Me resultaba muy divertido su estilo tan particular de juntar los labios o decir las erres, esto dotaba a sus palabras de cierta exclusividad.

Su pronunciación tan propia me impregnaba de todos estos nombres, aromas y texturas y me hacía sentir que me pertenecían.

El olor a pino siempre presente, el tacto del musgo húmedo bañado con cientos de gotas de rocío, la niebla baja que anunciaba el amanecer o el canto de los grillos cuando llegaba la noche, los sentía de forma muy particular.

Algo que no pude reencontrar de la misma manera aquí, al dejar atrás mi familia, mi tierra y mi lengua natal. Y, aunque en las palabras pausadas de Étienne pude percibir la comprensión de mi añoranza, me entristeció pensar que su forêt nunca podría envolverme con la misma calidez que lo hacía mi bosque.

Veo esfumarse este recuerdo cuando oigo el tintineo de la lluvia que empieza a caer sobre el manto de las primeras hojas de otoño que cubre parte del suelo del viejo cementerio.

Alguien se acerca a mí y, con una prosodia a la que ya me voy acostumbrando, me dice con voz queda algo que puedo traducir como “una triste pérdida, ¿verdad? ”.

Y en este leve encuentro, me pregunto si podré conmoverme de nuevo con la cordialidad de una conversación o la afabilidad de los instantes compartidos.

Los más recientes con Étienne, casi siempre acompañados por el aroma a café recién molido subiendo a fuego lento y la esperanza que aportaba a una estancia que se iba llenando de recuerdos a los que poder echar de menos, como una cárcava que, a lo largo del tiempo, va surcando la tierra con el agua de escorrentía.

La lluvia arrecia y muchos de los asistentes empiezan a partir. Junto a las varias composiciones de claveles y crisantemos que guardan la losa de piedra recién instalada, dejo un ramo de rosas blancas con un ligero temblor en las manos.

El olor de las flores hace un poco más fácil la despedida que dedico a Étienne. Y cuando me giro, veo a alguien que aún espera y se acerca a mí.

Con una voz trémula expresa “tu acento me dice que aún no eres de aquí”.

Acepto el paraguas que me ofrece para compartir y pienso que quizá, algún día, sí pueda volver a tejer nuevos recuerdos con otros instantes compartidos, largas conversaciones y palabras que no me sean tan extrañas, igual que la suave lluvia de otoño que se hace camino en los surcos de la tierra y deja allí nuevas marcas de su paso. Y de su marcha.

RELATOS PRESENTADOS AL CERTAMEN

Te he visto	Alicia Pedraz Decker
Vivo en las miradas de desconocidos	Álvaro Menéndez Aller
Si todo fuera más fácil	Amanda Moreno Serrano
La señorita Amery	Ana Isabel Fernández Melcón
La última vez	Ana Isabel Marfil Cea
Diario en la sombra	Ángeles Leal Couso
Allá lejos, en las estrellas	Antonio Hernández Díaz
Kôma	Antonio Pamos de la Hoz
Cartas a una chica invisible	Bárbara Hernández Nicolás
El tren	Carmen Peces Rata
Éxodus	Carolina Quinteiro Bernaldo De Quirós
La Hija del Psicólogo	Daniel Muñoz Marrón
Veamos una serie acurrucados en el sofá	Elena García Gómez
La mano tendida	Emiliano de la Cruz García
Un trozo de filete	Esteban del Río Toro
Soledad infantil	Estefanía Igartua Escobar
¡Doctor, creo que tiene soledad!	Eva María Fernández Gómez
Lo siento, Olivia	Inés Alonso Apausa
La sombra	Inmaculada Padilla Terrón
Soledad, ese es mi nombre	Ismael Sánchez Infante
Un día más en la escuela	Itzal Puchol Martínez
Sole	José Antonio Portellano Pérez
Ganas y miedo en Navarra	José Félix Mozo del Castillo
La más poderosa palabras	José Manuel Párraga Sánchez
Un percance	José María Grande González
El Peluche Raído	Juan Fernando Ramón Sánchez
Ciento nueve macetas	Judit Alarcón Vilchez
Órbitas	Laura Francolí Font
Elliot	Laura Rodríguez Ducasse
Acera	Luciano Montero Viejo
Navidad	Margarita del Brezo Gómez Cubillo
Soledad subjetiva	María Dolores Villalobos Tornero
La soledad del duelo silenciado	María Luisa Bravo Fuentes
Un café con lluvia	María Luisa García Pérez
La silla vacía	María Silvia Pérez González
Encuentro	María Teresa Inglés y García de la Calera
Una Nueva Vida	Marta Freire Úbeda
Recuerdos y como olvidarlos	Marta Ullate Santos
Suave lluvia de otoño	Montserrat Domingo Bosch
Un verano conmigo	Nerea González López
¿Dónde he dejado a Isabella?	Nerea Tuñón Corral
Oscura compañía	Nuria Ramírez Martínez
La hermana que no tenía mesilla de noche	Núria Beitia Hernández
Autobiografía de la soledad	Olaya Rodríguez Sánchez
Imagina	Paula López Rodríguez
Historia de una soledad prematura	Paula Pedrero García
Mi soledad	Pepa de Pedro Palazuelos
Nec Dea sum	Rafael Delgado Campos
El cumpleaños	Raquel Tomé López
La Velocidad de la Felicidad	Sara Díz de Frutos
Cruda y hermosa	Silvia Sánchez Zaldívar
La soledad que atraviesa las cosas	Susana Vázquez Rivera
La abuela no quiere morir	Tamara Fernández Juan
La despedida	Teresa Pacheco Tabuenca
Código Binario	Xandra María Cabezas Iturrate
Me llaman Soledad, y tú me conoces	Yvonne Buchholz
Mi soledad investida por copas	Zarina Fagiano

VIDA
ATU
GIRÔ
UN
DALE



**Colegio Oficial
de la Psicología
de Madrid**